

La España de 1936 no puede ser la misma España de Franco, de Mola, de Cabanellas y de Alfonso XIII

Por ELIDA C. DE CRESPO

(Copia para LIBERACION del discurso pronunciado por su autora en el Centro Español de Panamá, el 3 de septiembre de 1936.)

Señores:

Algunos espíritus superficiales podrían calificar de "snobismo" y de deseos de figuración nuestro profundo interés, nuestro empeño y ansiedad por el triunfo del Gobierno en España, triunfo de la justicia y de la causa del pueblo. Pero si se medita un momento en la trascendencia que necesariamente habrán de tener, para Europa y para el mundo entero, el problema que ha planteado la rebelión militar española y la solución a que se llegue en los campos de batalla, nuestro interés, nuestra ansiedad, y nuestra preocupación son perfectamente lógicas y explicables.

En primer lugar se trata de España, país con el cual nos unen vínculos de una gloriosa tradición, y al que nos sentimos ligados por la raza y por la cultura. Pero hay más todavía, si este argumento sentimental no fuera como no lo es suficiente para explicar nuestra conducta. El conflicto español ha dejado de ser un conflicto político a usanza de los nuestros. No se trata de favorecer los intereses de un caudillo que pretende quedarse en el poder. Ni de obstaculizar a un caudillo o a un grupo de caudillos que pretenden asaltarlo para beneficio personal.

Es una lucha de principios antagónicos. Es una lucha de ideas. Es una lucha de dos sistemas de gobierno. Es la lucha del capital abusivo y explotador en contra de los que defienden su derecho a una vida libre. Su derecho a una vida mejor. Su derecho al trabajo. Su derecho a percibir los frutos de ese trabajo. Y, sobre todo, su derecho a gozar de los beneficios de la cultura y de la civilización, que debe ser patrimonio de la comunidad y no tan sólo de un pequeño grupo de favorecidos. En otras palabras, es la lucha de la idea libertaria, de los principios de equidad y de justicia, contra el privilegio absorbente de las minorías.

En Somosierra y en el Guadarrama; en Irún en Zaragoza y en Sevilla, no hay solamente un grupo de españoles que lucha contra otro grupo de españoles. Hay un grupo de españoles que defiende las

conquistas del pueblo y su derecho a cultivar los campos. A recoger y beneficiarse de las cosechas. A educar a sus hijos convenientemente. Un grupo que lucha contra otro grupo, defensor este último de los grandes terratenientes, quienes prefieren dedicar a la caza las tierras de labranza. Que explotan al pueblo por medio de las grandes corporaciones de utilidad pública. Que consideran la educación como un privilegio de unos cuantos y no como un derecho de todos. Es, en fin, la lucha de una España nueva, vigorosa y pujante que desea un porvenir mejor para todos sus hijos, contra la España vieja de los monárquicos, de los privilegios de casta y de fortuna: la España tradicionalista e inquisitorial.

Y en esta lucha de ideas no caben fronteras. Es una lección que repetidamente nos da la historia. La Revolución Francesa fué francesa sólo de nombre. En las calles de París se sellaron los principios de los derechos del hombre, que repercutieron en nuestras tierras de América, y que alentaron el espíritu de emancipación de las colonias de España. Y cada día hay en el mundo una mayor interdependencia internacional. Lo que aconteció en la Revolución Francesa acontecerá también en el actual conflicto español. Nosotros no podremos aunque lo querramos escapar a sus enormes y trascendentales consecuencias.

Al tratar de constituir el Comité Amigos de la Democracia Española, hubo quien nos recomendara una acción general y no partidista. No quise dar cabida a semejante idea. Una acción de nuestra parte en esa forma habría sido una traición a los principios que encarna el Gobierno español y que defienden en el mundo entero las clases oprimidas. Además, cualquier concurso que se preste a los combatientes sin discriminación ideológica, no haría más que prolongar infructuosamente la lucha. Por eso decidí franca y abiertamente tratar de que este Comité ayudara al Gobierno español. La España de Azaña, de Indalecio Prieto, de Companys, de Alvarez del Vayo, de Luis Araquistáin, de Dolores Ibarruri, no puede ser la misma España de Franco y de Mola, o de Cabanellas y de Alfonso XIII. A la España fascista y monárquica; vieja, anacrónica, militarista y retrógrada, es preciso oponer la España nueva, la España republicana, la España socialista.

Para oponerse a esta nueva España de manera más efectiva la reacción propaga las especies más absurdas. Se ha querido dar al conflicto un cariz eminentemente religioso por una parte y radicalmente comunista por la otra. Nada tan lejos de la realidad española. Hay por el contrario, exceso de tolerancia en el Gobierno español. Es precisamente este exceso de tolerancia de la España republicana lo que ha hecho posible la rebeldía desleal. Si la mayoría del clero apoya a la España anacrónica, fascista y monárquica, es preciso que el pueblo de España se levante contra el clero fascistizante y monarquizante. Esto nada dice ni a favor ni en contra de la religiosidad del pueblo español. Una cosa es la religión como norma de vida interior, y otra cosa es un clero monárquico y fascista, enemigo y torturador del pueblo.